Las tazas boca abajo

Shyvirelle · Relatos Cortos

La primera taza se dio vuelta un martes, después de que Elisa cerrara la tienda. Era de porcelana blanca, tenía una mella en el borde y llevaba todo el día sobre una bandeja, llena hasta la mitad. Elisa había puesto agua en las piezas desportilladas para descubrir por dónde se filtraban antes de decidir si podía venderlas.

Al regresar por su paraguas vio la taza boca abajo. El borde tocaba la bandeja y, a través de una grieta fina, seguía distinguiéndose el agua dentro. Ni una mancha alrededor.

Pensó que alguien había entrado a jugarle una broma. Revisó la cerradura, levantó la taza con un paño y la dejó derecha. El agua estaba fría. En el plato no había más que el círculo seco de la base.

A la mañana siguiente encontró otra taza invertida, esta vez una azul con el asa rota por dentro. También estaba llena. Elisa llamó al cristalero que compartía el local vecino, pero él solo examinó las ventanas y le dijo que no había huellas ni señales de una entrada forzada. Le ofreció quedarse hasta tarde. Ella dijo que no hacía falta.

Aquella noche se sentó junto al escaparate con una libreta. Dejó tres tazas separadas: la blanca, la azul y una pequeña de flores amarillas. Anotó sus posiciones, cerró la puerta y apagó la luz del techo. La calle proyectaba sobre el cristal las franjas del alumbrado.

A las once y diecisiete oyó un roce corto de porcelana. La taza blanca había girado sin moverse de sitio. El asa quedó apuntando a la desportilladura de la azul.

Tac.

Fue un ruido tan pequeño como una gota sobre metal. Elisa acercó un dedo a la bandeja. No había caído nada.

Elisa giró la taza. El ruido cesó. Al apuntar el asa a la grieta de la azul, sin que las tazas se tocaran, oyó otra vez el tac. Miró el techo; estaba seco. Tampoco salía agua por el borde invertido.

Probó con la azul. Cuando su asa apuntó a la mella de la taza de flores, sonó una segunda gota que no encontró en ninguna parte. Tenía delante un patrón, no una filtración: cada asa buscaba la rotura de la taza siguiente.

Elisa puso la azul detrás de la blanca y la de flores detrás de las dos. Las tres formaban una fila oblicua sobre el escaparate. El asa de la blanca apuntaba a la grieta de la azul; la de la azul, a la de flores. La tercera, cuyo asa carecía de taza enfrente, apuntó al fondo de la tienda.

Se oyó una sola gota, mucho más cerca de ella. La lámpara de pie parpadeó. Elisa se agachó y comprobó que la tabla del escaparate seguía seca. Trazó con lápiz la línea de las tres tazas sobre un papel: empezaba en la blanca, cruzaba la azul, pasaba por las flores y continuaba hacia la trampilla del sótano.

Allí abajo guardaba cajas vacías, un espejo roto y piezas demasiado frágiles para la venta. Nunca había oído gotear una tubería. La trampilla tenía un tirador de hierro y una línea de polvo intacto alrededor.

La taza de flores se deslizó un centímetro hacia el borde. Su asa corrigió apenas la dirección, como una mano que señala con más insistencia. La línea del papel apuntaba ahora al centro exacto del tirador.

Elisa pensó en abrir. Le bastaba dar ocho pasos, alzar la argolla y bajar. Si encontraba una fuga, podría cerrarla. Si no encontraba ninguna, tendría que admitir que las tazas buscaban algo.

Entonces vio una marca en la hoja donde había trazado la línea. No era redonda. Era el espacio blanco de una gota, limpio en medio del grafito que ella misma había extendido con la palma.

Le resultó peor que escuchar el ruido: no había agua, pero algo había dejado sitio para ella.

Separó las tazas de golpe. Una cayó de lado; ninguna se rompió. El sonido se interrumpió. Elisa metió la libreta en su bolso, echó la llave de la tienda y caminó a casa sin mirar las ventanas de los edificios.

Su hija y su nieta Irene dormían. Sobre la mesa de la cocina habían dejado las pinturas del colegio y un pequeño reloj de arena. Irene lo usaba para medir el tiempo de lavado de las manos; el cristal tenía forma de dos peras unidas por el cuello y la arena era de color ámbar.

Elisa lo tomó para despejar la mesa. Al darle la vuelta, la arena empezó a descender como siempre. En la mitad inferior había una gota de agua, tan clara que al principio creyó ver un defecto del cristal.

La gota se despegó del fondo. Subió a través de los granos secos, atravesó el cuello estrecho y siguió ascendiendo por la parte superior del reloj. La arena continuó cayendo en sentido contrario. Ningún grano se pegó a ella.

Elisa dejó el reloj sin moverlo. Desde la cocina podía ver, a través del patio interior, el tejado de su tienda. La línea de las tazas pasaba por el sótano. Si la prolongaba desde la tienda, llegaba a la mesa de la cocina.

No oyó ninguna gota. Pero al llegar a lo alto del cristal, el agua se detuvo exactamente sobre el punto donde empezaba a caer la arena, como si esperara su turno.